

Estuvo aquí...

Memorias de humo

Violeta Luna



La poeta, crítica y maestra, Violeta Luna, nació el 24 de febrero de 1943 en Guayaquil. Desde sus años de estudiante en la Universidad Central del Ecuador, Quito ha sido su ciudad de residencia.

En 1962, con 19 años, dejó San Gabriel (Provincia de Carchi), ciudad en la que realizó sus estudios de primaria y secundaria, y se estableció en Quito (residió en un internado de monjas), con el plan de estudiar periodismo, pues

la Cámara del Senado le otorgó una beca. De pronto, cambió de planes y se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central del Ecuador para estudiar Literatura y Castellano.

De 1962 a 1965 trabajó como guionista radial para el Programa Cultural de la Mujer; trabajo que, desde 1963, combinó como profesora de sexto grado. Durante sus estudios en la Central, conoció al profesor y crítico Galo René Pérez, quien logró que se publique en 1964 *Poesía Universitaria*. En 1967 se graduó como Licenciada en Literatura y Castellano en la Universidad Central, en la que luego obtuvo su doctorado en Ciencias de la Educación. Ese año entró a formar parte de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Espacio en el que trabó amistad con artistas, intelectuales y escritores; momento en el que conoce al poeta y médico Euler Granda, con quien luego casó y tuvo cuatro hijas.

Violeta Luna continuó su tarea como maestra (otra de sus pasiones), en importantes colegios de Quito, sin dejar de escribir y publicar. Su obra ha

merecido importantes reconocimientos como el Premio «A los mejores cuentos», (1969); Premio Nacional de Poesía «Ismael Pérez Pazmiño», Diario *El Universo*, Guayaquil (1970); Concurso Nacional de Poesía, revista *Vistazo* y Canal 8 (Quito, 1973); Premio Nacional de Poesía, «Jorge Carrera Andrade», Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (1994); la «Lira Guayaquileña», conferido por la Asociación de Periodistas del Guayas (1985); Premio Nacional Femenino Oswaldo Guayasamín (1987).

En 1984, Casa de las Américas de Cuba, la invitó a ser parte del jurado del prestigioso premio internacional de poesía de ese año, invitación de la que se excusó. En 1987, se integró al grupo «Mujeres por los Derechos Humanos». En 1989, representó al Ministerio de Educación y Cultura en la V Reunión Plenaria de Coeditores Latinoamericanos, celebrada en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Por esos años se encargó de la sección infantil del diario *El Comercio* de Quito. De 1990 a 2001 residió en Estados Unidos y México. En 2003 representó a Ecuador en XII Festival Internacional de Medellín y en la Cumbre Mundial de la Poesía por la Paz.

Resulta revelador y acertado el comentario que la poeta guayaquileña, Ileana Espinel, escribiera en 1970 como motivo del apareamiento del libro *Posiblemente el aire*:

[...] inaugura un idioma desusado en la poesía ecuatoriana escrita por mujeres. No se trata de poemas honestamente solidarios con el despertar de los pueblos del mundo, ni de un neo-sardonismo elemental exento de proyecciones metafísicas. Los versos de este libro marcan un lenguaje poético de severa y bella osadía, con firme pulso de mujer que levanta las formas y al mismo tiempo las abate ajena a convencionalismos de naturaleza alguna. Libro de imágenes rotundas, sufrientes, reiterativamente engarzadas en un leitmotiv de humanísima hondura desgarrante. Con fuerza de vorágine candente y contenida, aquí se ama, se odia, se cree, se ignora, se sufre, se olvida. Y esta no-humilde Violeta, de soberbia jerarquía creadora, sabe con sus claras estrofas vertidas en catástrofe, pulsar el corazón del tiempo, adueñarse del ser que las advierte y estarse allí, desde el aire, en la tierra del verso sin ocaso.

Después de su primer libro, *Poesía universitaria* (Quito, 1964), Violeta Luna publica *El ventanal del agua* (Quito, 1965), *Y con el sol me cubro* (Quito, 1967), *Posiblemente el aire* (Quito, 1970), en este poemario estaba incluido «Cantos de temor y de blasfemia», con el que logró en 1969 el Tercer Premio en el XI Concurso Nacional de Poesía del diario *El Universo* de Guayaquil; *Ayer me llamaba primavera* (Quito, 1973), *La sortija de la lluvia* (Guayaquil, 1980), *Corazón acróbata* (Quito, 1983), *Memoria de humo* (Quito, 1987), *Las puertas de la hierba* (Quito, 1994) y seis años después *Solo una vez la vida* (Quito, 2000).

En 2005, la Casa de la Cultura Ecuatoriana editó *Selección poética*. En 2019, el Ángel Editor, *Ráfaga menguante y otros poemas*, y en 2023, Línea Imaginaria Ediciones lanzó *Tanta luz bajo mis párpados*.

En cuento, Violeta Luna ha publicado *Los pasos amarillos* (Quito, 1970) y *El pañolón de la abuela* (Quito, 2006).

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, editó en 1973 *La lírica ecuatoriana*. Se trata de su tesis doctoral que la autora convirtió en un ensayo donde aborda la obra de algunos contemporáneos suyos como el gran poeta guayaquileño David Ledesma Vásquez, Ileana Espinel Cedeño, Carlos Eduardo Jaramillo, Fernando Cazón Vera, Euler Granda, Ana María Iza y Martha Lizarzaburu.

Los textos de Violeta Luna se han incluido en importantes antologías nacionales como *Lírica ecuatoriana contemporánea*, Hernán Rodríguez Castel Editor (Bogotá, 1979); *Diez escritoras ecuatorianas y sus cuentos*, Michael Handelsman Editor (Guayaquil, 1982); *Poesía viva del Ecuador*, Jorge Enrique Adoum Editor (Quito, 1990); *Antología de narradoras ecuatorianas*, Miguel Donoso Pareja Editor (Quito, 1997); *Poesía erótica de mujeres: Antología del Ecuador* (Quito, 2001) y *Poesía ecuatoriana escrita por mujeres*, Gustavo Salazar Calle Editor (2021).

El crítico y académico Raúl Serrano Sánchez, al comentar la selección poética *Ráfaga menguante*, ha señalado:

La poesía de Violeta Luna, hoy en día todo un referente en la literatura ecuatoriana y latinoamericana de las últimas décadas del siglo XX y de lo que va del nuevo, es una continua exploración y requisitoria en la experiencia del sujeto moderno; ese hombre y esa mujer que se presentan como una criatura carente de todo aquello que la realidad, absurda y hostil, le ha arrebatado. Sujetos a los que Violeta, desde el ejercicio de su palabra, ha sabido restituir, salvar desde esa agua y ese polvo de lo precario, de lo que gracias a su tensa e intensa escritura, ha logrado que todo lo que atañe a esas criaturas, que es tanto y devastador como el amor y el desamor, la soledad, el desarraigo, la memoria como un fantasma que nunca da tregua, el olvido, la primera infancia, sean las voces y sombras que habitan esa casa encantada que es el poema; casa en la que todos los objetos del pasado se convierten en indicios, códigos de lo que es este tiempo de desolación de la quimera como diría el maestro Cernuda.

En el libro *Ráfaga menguante* hay un retorno lúcido e intenso a esa casa, pero siempre con otros trajes, estrategias y un lenguaje que todo lo redescubre desde las engañosas apariencias; un retorno a los rincones, los claros oscuros de esa casa que para Violeta es el territorio sagrado de la escritura; y por sagrado habrá que entender todo lo que está atravesado por ese hálito de continuas refundaciones. Sin duda que todos los que se atreven a entrar, abismarse por estas páginas, lo más probable es que sientan que han vuelto a ser parte de ese río alucinante de la memoria en el que siempre volvemos a bañarnos (habrá que decir a liberar y a re/conocernos) más de una vez.

TRES TEXTOS DE VIOLETA LUNA

Visión global del calentamiento

El mundo se ha enfermado
y no hay caminos limpios
ni cordilleras verdes
con espumantes vientos
y armonías.
Se acaban con los años
esos vetustos sauces
de locas cabelleras
mordidas de lloviznas y de arena.
Hace tiempo
dejamos de ser dulces,
veloces y felices.
Dejamos nuestros huertos
sembrados de romero y margaritas
y nos perdimos ciegos
en medio del cemento,
en las ciudades torpes
hambrientas de violencia y de tabaco.
Incluso el clima es otro,
se han ido los ocasos
de lunas amarillas
y el ancestral paisaje.
Sin agua ni fresca perecemos.
Sin árboles sonoros
ya no somos.
Yo misma en este punto
podría ser la hoja disecada
en medio de las páginas de un libro.

Afuera de la trampa

Dejadme por favor vivir mi vida,
amándola,
mordiéndola,
quitándole el veneno,
limpiándola.

Dejadme que me salve o me condene,
dejadme que vomite,
que sangre,
que sonría,
que cante por el fin de tanta guerra,
que llore por la guerra de los fines.
Dejadme que en silencio
escriba en vuestra culpa una sentencia,
que borre la sentencia de la culpa.
Dejadme que me hunda,
que gima,
que flote en lo intermedio,
que sueñe,
que pueda en una esquina pisar
un alacrán inofensivo.

Dejadme cuantas veces
firmar cada recado sin mi nombre,
dejad que me equivoque,
que llame con maldad al bueno malo.
Dejadme simplemente
que cuente por decenas,
que coma con la izquierda,
que te ame sin remedio.
Dejadme por favor vivir mi vida,
que escape, que reniegue,
que grite por las lluvias que se enlodan,
que ría por el lodo que se enlluvia.
Dejad, pero dejad,
afuera de la trampa mi cabeza

La conclusión

El popular adagio, el de tirar la toalla
o de colgar los guantes,
no va con los poetas.
Definitivamente no podemos
cerrarles el camino a las palabras
y estrangular su música.
Las letras no envejecen,
se quedan en los libros y en el tiempo.

La imagen es su esencia
son como ese champán del oleaje
o como los relámpagos del pez:
embriagan e iluminan.

Un día yo intenté tirar la toalla
también colgar los guantes,
pero se atravesó la lluvia
con sus agujas dulces
y se metió el invierno en mi retina,
y nunca desde entonces
yo pude estar ajena al aguacero
ni a su incansable danza.
No puedo desde entonces
sentir inadvertida la neblina
o el aire misterioso del domingo.
No puedo ya ignorar
el tallo de la vida desgranándose
en medio de la luz y sus almíbares.
Por eso el popular adagio,
el de tirar la toalla
o de colgar los guantes,
no va con los poetas.